

Trabajadores de la Mutualidad de Procuradores  
y del Colegio de Madrid

## Diario de las víctimas del 11-M

Óscar, Raquel y Carmen, trabajadores de la Mutualidad de Procuradores y del Colegio de Madrid, iban juntos en uno de los vagones que explotaron en la estación de El Pozo el fatídico 11 de marzo de 2004. Todavía les quedan importantes secuelas físicas y psíquicas del atentado. Raquel y Carmen esperan volver al trabajo en unos meses. Óscar se reincorporó el seis de septiembre. Ahora que se ha cumplido un año de aquella matanza, no han querido conceder entrevistas a ningún medio de comunicación, pero han hablado para PROCURADORES porque desean agradecer a sus compañeros el apoyo incondicional que han recibido durante este tiempo.



### Óscar Encinas:

*“Cuando entro en el metro miro a mi alrededor e imagino qué ocurriría si la persona que va a mi lado llevara una mochila bomba”*

**S**e puede decir que Óscar ha sido afortunado. Le operaron el tímpano el 19 de noviembre y de la rotura de aorta no le quedan secuelas. Lo suyo, dice, fueron rasguños, aunque se le desprendiera la oreja y su cuerpo quedara tan contusionado que tuvo que permanecer siete días en el hospital.

Abandonó la UVI el mismo día que millones de personas en toda España salían a la calle para plantar cara a una forma de violencia sin límite, hasta entonces desconocida. Pero a él, que la había padecido de lleno, los médicos no le dejaron ver la televisión ese día. “Pude ver las imágenes pasada una semana y aún hoy se me ponen los pelos de punta cuando me acuerdo de la pancarta en la que ponía Madrid somos todos. Esa imagen a mí me impacta más que la de los trenes, quizá porque yo estaba allí y lo vi con mis propios ojos”.

Antes de seguir, una aclaración: “Que conste que concedo esta entrevista porque es para la revista PROCURADORES –nos dice en la cafetería donde hemos quedado con él, a escasos metros de la Mutualidad–. Si fuera para la televisión o para otro medio no lo haría”.

–¿Por qué?

–Las televisiones tienen que hacer su trabajo, pero los niveles de audiencia han mandado en todo momento. No han parado de sacar programas especiales desde una semana antes del aniversario. Lo explicaré con un ejemplo muy gráfico: hay un trabajador del Samur que se llama igual que yo, Óscar Encinas. Creo que le llamaron 200 veces desde los medios de comunicación para hacerle entrevistas.

La primera crítica, para la prensa; la segunda, para los políticos. “Les veías en el Congreso, dejando de lado la investigación para sacar tajada y tirarse los trastos a la cabeza. Creo que se han reído de nosotros a la cara”. Y aprovecha para comentar que no estaría de más que el Gobierno facilitara el cobro de indemnizaciones. “Hay personas a las que les han puesto muchas pegadas. Sólo espero que no me mareen demasiado”.

–¿Y qué piensa de la división entre las víctimas?

–Sobre estas cuestiones prefiero callar. Pero tengo claro que la desunión no lleva a ninguna parte. De

***No olvidará nunca el apoyo de todo el pueblo, de sus compañeros, de los procuradores de los colegios de toda España que no pararon de llamar para interesarse por él y por sus dos compañeras. Por eso quiere aprovechar para agradecer todo ese apoyo y también el trabajo realizado por todos.***

esta forma nunca tendremos fuerza. Se pasa mucha vergüenza cuando ves las imágenes de las agresiones en una manifestación.

El ejemplo, para Óscar, lo ha dado la sociedad en general, desde el primer momento hasta ahora. Dice que no olvidará nunca el apoyo de todo el pueblo, de sus compañeros, de los procuradores de los colegios de toda España que no pararon de llamar –aún continúan llamando hoy– para interesarse por él y por sus dos compañeras, atrapadas en el mismo vagón. “A veces te sientes como en una burbuja”, asegura. Por eso quiere aprovechar para agradecer todo ese apoyo y también el trabajo realizado por todos durante aquellos días. “Y me refiero a todos, desde la que limpió la sangre, hasta los forenses, los servicios de emergencia, el voluntario, el taxista o el Rey. Estoy profundamente agradecido a todos”.

Óscar se reincorporó a su trabajo en la Mutualidad de Procuradores el seis de septiembre. Ese día cogió el metro –no ha vuelto a subir a ese tren–, pero lo hizo con miedo. “Desde el atentado siempre miro a los lados y me voy hacia el lugar con mejor escapatoria o mejor protegido. Imagino qué ocurriría si la persona que va a mi lado llevara una mochila bomba”.

Y es que el atentado regresa a la mente de las víctimas constantemente. “De repente te sorprendes pensando en el vagón que vas a pasar un día al monte, y te preguntas, ¿y si no tuviera una pierna? A mí me gusta restaurar muebles, ¿y si hubie-

ra perdido una mano? A nadie le viene ese pensamiento a la cabeza si no ha estado cerca de la muerte”. Durante la conversación se acuerda, de repente, de un hombre que iba sentado cerca de él. “Estábamos hablando muy alto, riéndonos de algo, y un hombre que iba a nuestro lado se cambió de sitio porque le estábamos molestando. Quizá ahora esté muerto, y a lo mejor si no se hubiera cambiado de lugar no sería así. Nunca lo sabré”.

–¿No se cansa uno de que le pregunten constantemente?

–No. Yo lo llevo muy bien. Lo cuento sin problemas y no me he sentido nunca agobiado por la curiosidad de la gente, siempre que pregunten con respeto. No soy un héroe, pero es cierto que tengo una historia que contar y no me importa hacerlo.

Si tuviera que extraer una enseñanza de lo que pasó, Óscar lo tiene claro: este tipo de experiencias te enseñan a valorar las cosas que realmente son importantes. Ahora disfruta de la vida y no se pelea por nada. Dice que se ha hecho más mayor. Que ha madurado de repente.

“Todavía no me explico cómo estoy así de bien. Supongo que no había llegado aún mi hora. Salí gateando del vagón. Todo estaba en silencio. Alguien sacó a Raquel y me quedé con ella hablándole. Me preguntaba por sus piernas. No las sentía y creía que las iba a perder. Estuvimos juntos en el peor momento y eso une para toda la vida”. En su memoria siempre estará esa imagen, y en su mente una pregunta sin respuesta: ¿por qué? ◀◀





## Raquel Iglesias:

*“Hay que vivir cada segundo como si fuera el último”*

**R**aquel Iglesias nos recibe en su casa. Sonríe constantemente, tiene muy buen aspecto, pero no puede disimular cierta cojera. Todavía no puede mover las piernas con soltura. De hecho no siente los pies. La explosión la sepultó bajo un amasijo de hierros y la estructura de una escalera del tren. Milagrosamente, aquello no le dejó ni un rasguño, pero por dentro Raquel estaba destrozada. La onda expansiva le había reventado los tímpanos y le había dañado seriamente los pulmones, las vértebras y la médula espinal. Podía haber quedado en una silla de ruedas, pero tuvo suerte. “En aquel momento sólo pensaba en mis piernas. No las sentía. Y estaba muerta de miedo. Prefería morir a no poder moverme nunca más”.

Un chico rubio con un chándal rojo al que estará eternamente agradecida entró en el vagón y la sacó de ese infierno. “Nunca olvidaré cómo

gó Óscar, quien había logrado salir del vagón a gatas. “Recuerdo que me estuvo hablando todo el rato para mantener mi cabeza activa, apretándome contra él”. Cuando ingresó en el Gregorio Marañón lo hizo en parada cardiorrespiratoria. Allí la reanimaron y permaneció 11 días en coma en la UVI. Tras despertar le esperaban dos meses en una cama, sin moverse. “Con lo independiente que soy yo, tenían que hacerme todo, incluso peinarme. No tenía fuerzas ni para romper un papel. Y se me había olvidado leer y escribir”.

Desde entonces –nos cuenta– su vida ha sido un calvario. Ha necesitado atención constante. “He tenido un psiquiatra desde que me sacaron el tubo y pude hablar, y me dijo que lo mejor que podía hacer era contactarlo, cuantas más veces mejor, así que eso es lo que sigo haciendo”. Terapia psicológica y rehabilitación todas las mañanas, “un sufrimiento físico indescriptible –dice–”.

Pero ha pasado lo peor. Sólo falta que los médicos le permitan volver al trabajo y comenzar de nuevo la vida que llevaba antes de subir en ese tren.

–¿Hay algo de lo que hacías antes que no vas a poder hacer a partir de ahora?

–Hubo un momento en que pensé que no podría tener niños, pero creo que podré hacerlo todo, menos una cosa –comenta con los ojos llorosos–, sé que no podré bailar nunca más.

Quizá no pueda volver a hacerlo... o quizá sí. Su recuperación, dirigida por los médicos de la Fraternidad, ha sido asombrosa. “Soy muy cabezona. Tengo demasiado carácter y creo que por eso me he recuperado. Pero hay muchas personas que todavía viven dentro del tren. Ahora sé que hay que vivir cada segundo como si fuera el último”. Aunque reconoce que el entorno es la clave de la recuperación y por eso no olvida a nadie, desde sus compañeros de trabajo a todas las personas que tuvieron interés y preguntaban por ella, hasta su familia al completo.

Igual que Óscar, Raquel no quiere oír ni hablar de los políticos. “Si le hubiese pasado a alguno de sus hijos seguro que no hubieran dado ese espectáculo”, afirma. Un descontento que también traslada a las instituciones por el retraso en el cobro de indemnizaciones: “hay muchas víctimas que ya las han recibido. ¡Que den algo de una vez, no sólo a

los familiares de fallecidos y a los extranjeros!”

—¿Has vuelto a subir a ese tren?

—He montado dos veces desde entonces, siempre acompañada. La

primera vez pensé que me iba a desmayar, pero la segunda llegué hasta El Pozo y estuve viendo aquello, las pintadas, las velas, los recuerdos. Psicológicamente ya está recuperada

y es posible que regrese al trabajo muy pronto. Pero le queda el miedo. “Miedo a que vuelva ocurrir a algo parecido y tener que pasar por lo mismo”. ❧

## Carmen Munilla:

*“No hay mejor indemnización que estar aquí, viva”*

**C**armen respira con dificultad, tiene la espalda dañada y no oye bien. No le gustan las entrevistas ni las fotos. Lo hace —asegura— por gratitud hacia los procuradores, a sus compañeros del Colegio de Madrid y a la gente de la Mutualidad que la trataron “como si fuera empleada suya”.

Sin embargo, aunque le impone la cámara de fotos, enseguida se suelta a hablar de aquel fatídico viaje en tren. “Me viene a la cabeza la sensación de inmenso vacío que sentí después de la explosión, y también el olor a hierro, como fundido. Todo aquello fue terrible. Yo pensé que había sido un choque de trenes, un accidente. Le pregunté a Raquel que había pasado, y la pobre sólo me podía decir que no sentía sus piernas, así que pedí que la sacaran antes que a mí. Luego me llevaron a toda velocidad al hospital”.

Tenía profundas heridas en la pierna y en la cabeza, las costillas rotas, una fuerte contusión torácica que todavía hoy le afecta a la respiración, los tímpanos perforados y pérdida de visibilidad debido a la metralla que se le incrustó cerca de los ojos.

—Pero ahora tienes buen aspecto.

—No te creas. Me mareo con facilidad y lo peor: me quedo sin aire al mínimo esfuerzo que hago. Algo tan sencillo como plantar un tiesto me cuesta como subir 10 pisos.

“Psicológicamente está algo apagada”, nos dice uno de sus hijos, que observa atentamente la entrevista sin despegarse de su madre. “No soy la misma. Tengo cambios de humor, altibajos, no duermo bien y a veces entro en una pequeña depresión, pero en general procuro hacer vida normal y gracias a mi familia estoy superando esto”.

Su vida ha cambiado radicalmente. “Antes me levantaba a las cinco de la madrugada para ir a trabajar y cuando llegaba a casa, a las siete y media, tenía que atender a mi familia. Yo necesito esa actividad y ahora no puedo hacer nada”. Por eso está deseando volver lo antes posible a su trabajo en el servicio médico del Colegio de Procuradores de Madrid. Ha pedido el alta ya tres veces y se

encuentra a la espera de que un tribunal médico se la conceda.

Carmen tampoco ha cobrado un euro después del atentado. “Todo ha quedado en palabras —dice—, aunque a veces pienso que no hay mejor indemnización que estar aquí, viva”. Si el momento de la explosión fue atroz, lo que vio en el hospital le marcará para siempre. “No se me quitará nunca de la cabeza aquella sala inmensa llena de personas sangrando en camillas, con decenas de médicos de un lado para otro”.

—¿Vives con miedo?

—Sigo teniendo mucho miedo, pero he conseguido subir de nuevo al tren. Lo hice para probarme. Fui con mi hijo. Estaba muy nerviosa, mirando a todas partes, recordando todo el viaje. La gente me miraba extrañada. Pero aunque sé que puedo hacerlo, prefiero ir en autobús. Cada vez que veo un tren de dos pisos se me encoge el estómago.

Le queda el miedo y dolor, pero asegura que no le tiene rencor a nadie. ❧

